

Un árbol sin hojas que da sombra Juan Gelman

Quiero, ante todo, agradecer a don Cesáreo Sánchez Iglesias, presidente de la Asociación de Escritores en Lingua Galega, y a todos sus miembros, la distinción que hoy se me entrega. Este honor ha sido otorgado por colegas, compañeros en el difícil mester de la escritura, lo cual redobla su valor. Se me designa Escritor Galego Universal, una nominación que me enorgullece y que de algún modo me suma a la familia gallega del mundo, no por lazos de sangre, sino por los muy hermosos y duraderos de la poesía.

Quiero también decir mi agradecimiento a los emigrados gallegos que desde el siglo XIX comenzaron a llegar a la Argentina y contribuyeron y contribuyen a crear su riqueza espiritual y material. En el firmamento cultural argentino brillan con luz propia Alfonso Rodríguez Castelao y Luis Seoane, los poetas Rafael Dieste y Lorenzo Varela, los pintores Leopoldo Nóvoa y Manuel Calveiro, el editor Francisco Porrúa, el bailarín Joaquín Pérez Fernández, el actor Ignacio Quirós, el gaitero y maestro de gaiteros Jesús Pérez Longareta y tantos otros, tantos, que llevaría mucho tiempo nombrar a todos. Sin mencionar ya a descendientes como el gran poeta Rodolfo Alonso y el extraordinario artista y escritor Geno Díaz.

Y más largo y aun imposible sería nombrar a las decenas de miles de artesanos, obreros, campesinos y comerciantes gallegos que aportaron su esfuerzo al desarrollo de la Argentina y fundaron más de 700 centros culturales, hospitalarios, sociales y mutualistas en el país. Es con Galicia que la Argentina mantiene los lazos más estrechos. En la Argentina se instalaron inmigrantes de toda España y la colectividad gallega fue la más numerosa. Sus miembros retornaron a España en proporción mayor que la de todos los demás. Se comprende: el gran escritor argentino Roberto Arlt visitó Galicia en 1935 y ésta es una de sus reflexiones: "*Cómo se le ha de encoger el corazón (a los inmigrados gallegos) cuando, en un momento de soledad, se acuerdan de estas aldeas tan bonitas, tan envueltas en cortinados verdes, y cuando se acuerdan de la caída de la tarde, del sol en el río, y de las voces de las gaitas, y de los bailes en los calveros, y de las vacas que atadas con una cuerda llevan a beber a un río, y de los viñedos tan tupidos, y de sus casonas suspendidas sobre los abismos...*". Pareciera que el propio Arlt vivía ya su morriña futura con sólo mirar el paisaje de Galicia.

Y voy al árbol sin hojas que da sombra. Un arbolito bien curioso. Hace muchos años visitaba yo una provincia argentina pegada a la Cordillera de los Andes y escuché una copla sin dueño, anónima, muy antigua. Ésta:

*Un domingo por la tarde
al rayo 'e sol me senté
y un arbolito me dijo
"sí querís sombra. te haré".*

*Yo le pregunté llorando
si era cierto o era mofa
y el arbolito me dijo:
"yo soy un árbol sin hojas".*

Me pareció entonces, y me sigue pareciendo, que ese árbol es como la poesía. Hay otras descripciones, claro, hay en todas las lenguas: la poesía es un intento de apurar a Dios para

que hable, o es la sombra de la memoria, o es la sombra de esa sombra, y miles más. Emily Dickinson la describió desde otro lugar: "*Si leo un libro y me deja el cuerpo entero tan frío que ningún fuego puede calentarme, sé que eso es poesía. Si tengo la sensación física de que me arranca la tapa de los sesos, sé que eso es poesía*". Tal vez no haya mejor manera de describirla, definirla es imposible.

Vivimos una época gris, un mundo globalizado y mediático en el que lo material se convierte en valor supremo y la falta de luz espiritual apaga los hechos, como decía el Rey David. Hace mucho tiempo que el Poder intenta manufacturamos el alma, uniformarla y uniformizarla, convertirla en terreno fértil para cualquier autoritarismo. Y más de uno repite la pregunta que Hölderlin formuló hace más de dos siglos: "*¿Para qué poetas en tiempos miserables?*". Es notorio que se edita poca poesía, ninguna gran editorial le destina algún rincón en su catálogo o le dedica un rincón oscuro porque la poesía es inútil, dicen. Su inutilidad radicaría en que no tiene valor de mercado. Saturno tampoco tiene valor de mercado. ¿Y qué diría Hölderlin en estos tiempos en que cada hora mueren en el mundo más de mil niños menores de cinco años por enfermedades curables, por hambre, por pobreza? Pero, como los poetas de hoy, él seguiría escribiendo. La poesía está cargada de más vida.

La condición del poeta es frágil y ni siquiera encuentra abrigo en su obra. Cada momento de su escritura cuestiona a todos los demás y entonces nada sostiene a quien no tiene otro sostén que el acto de escribir. A la vez, el poeta es un transmisor de tiempo, del riquísimo fondo de la poesía universal acumulado a lo largo de siglos, es decir, del ser en la historia. Construye poemas que hará a un lado para volver a las fauces del vacío que lo obliga a seguir persiguiendo a la poesía. Para la tradición árabe, el poeta es esclavo de un diablo que lo monta todas las noches para que encuentre en la lengua lo que la lengua niega. Su trabajo se parece a un día cualquiera de los seres humanos: cuanto más se alejan de la noche que pasó, más se acercan a la que vendrá. Cada poema es una botella arrojada al mar espiritual que, como recordaba el gran poeta gallego José Ángel Valente, guarda un mensaje cifrado hasta que otra mano, otra mirada, otra escucha lo reciben y lo acogen y en ese acto lo transforman.

Tal vez la pregunta "*para qué poetas*" sea incorrecta. Habría que preguntarse por qué la poesía ha atravesado todos los tiempos, las pestes, las guerras, las catástrofes naturales y las causadas por el hombre. Y nadie sabe qué es la poesía: aleja al poeta de su identidad diaria como si la escribiera otro de sí mismo que necesita la abolición del mundo para llegar a una palabra nueva, a un atisbo de otra realidad en la que se sumerge con palabras desnudas para arrancar a las entrañas de la realidad sus significados posibles, los que palpitan lejos de la fuerza terrible de la costumbre y de la palabra impuesta.

Paul Valéry imaginó que un poema no se termina, se abandona, y de esto se hizo eco Octavio Paz. Quizás sucede otra cosa: la poesía abandona al poeta y ahí el poema se termina, El intento de violar ese abandono es una mala costumbre. Y cuántas cosas no se saben: ¿por qué corredor transita la obsesión que agobia al poeta hasta dar en palabra? ¿Qué impuesto pagan obsesión y palabra a la imaginación? ¿Ésa es la huella de nuestro límite? ¿La poesía nace de la huella del límite para borrarlo de la faz de la sangre?

La poesía es un árbol sin hojas que da sombra, es palabra calcinada en la que aún crepitan cenizas de lo que no se pudo nombrar. Después de tantos millones de palabras, la palabra sigue siendo tiempo que nace y desnace para nacer otra vez. No hay palabras gastadas, sólo se encuentran en la boca de seres gastados por estos tiempos miserables.

La poesía crea un vínculo tan poderoso entre imaginación y experiencia que inventa otra memoria en la que el sueño de la realidad se rehace como sueño de la escritura. Es memoria

de lo no sucedido todavía y acaso la expresión más ardiente del deseo. Cada poema es parte de una aventura erótica que muere con él, renace en el siguiente y no se apaga la necesidad de alcanzar su objeto, ese desconocido, un agujero que late como sombra sin cuerpo, como esa impronta en el alma de la que habla Plotino que ninguna entidad material imprime, como una ausencia que no cesa de no escribirse. René Char pensaba que el poema es el amor realizado del deseo que se queda en deseo. Esta clase de sed nunca se sacia. La palabra poética, como la utopía, es la incesante emulsión de dos pérdidas, lo deseado y lo obtenido. Para ella, el Paraíso siempre está adelante y nunca termina la aventura que se propone alcanzarlo.

Tal vez lo que el poeta intenta toda su vida es escribir un poema, uno solo, que sea pariente de la magia. El poeta no sería entonces un pequeño dios, como quería Vicente Huidobro, sino un mero mendigo de la magia que siempre se le da por accidente, un perseguidor perseguido por un sonido que sabe que no existe. La poesía está en la huella de la primera palabra, ésa que hiere al infante desde afuera. En su cuna misma nace el dolor original. Por eso la palabra del poema va hacia lo no nacido todavía, hacia antes de todo, hacia antes de la muerte, hacia antes del Poder. Es la palabra más cercana al silencio del mundo. El ruiseñor de Teófilo canta en esa palabra, rostro más puro del dolor.

La poesía se sitúa en el lenguaje como cuerpo, corazón que interroga y no puede dormir, come los libros de la noche. Es una invención que agranda la invención del horizonte. Es patria de los espejos negro y canta a la paloma que salió volando de los ojos de un niño porque él la quiso ver.

Santiago de Compostela, 20 de abril de 2010